

Fin

Axayácatl Tavera Rosales*

Estaba sentada en los escalones de la entrada a mi edificio preparando la FX que me dejó mi madre. Era viernes y la calle presentaba poco movimiento, el cielo estaba nublado pero parecía que la lluvia no se dejaría ver, al menos no ese día. Mi instrumento estaba cargado y miraba a todos lados, esperando, acechando.

Entonces llegó la hora en la que la banqueta se inundó de gente. Hombres que salen de trabajar y se van derecho a los bares, jóvenes estudiantes que olvidaban sus deberes y cambian libros por cerveza, parejas tomadas de las manos con una sonrisa que se prometen una noche perfecta. Escenas de libertad, de euforia, de pasión que se convierten en imágenes que resguarda el oscuro interior de mi cámara, momentos antes de que el desastre caiga sobre sus rostros.

Todo es cuestión de tiempo.

No importa cuánto traten de hacer las cosas bien o cuan comprometidos estén con algo o alguien, inevitablemente, todo acabara pudriéndose.

La fotografía es más de lo que parece. Aun cuando el conocimiento técnico es útil, no es algo indispensable. Antes que saber de aperturas del diafragma, diferencias de ISO, velocidad del obturador, proporción de químicos o la diferencia de lentes; antes que todo eso uno debe ser paciente. De nada sirve saber la técnica correcta si no se es lo suficientemente paciente para poder lograr una buena toma. Como todo arte es práctica y error. Los malos fotógrafos lo son por no ser pacientes, lo que quieren son tomas perfectas en las que tengan el control de lo que pasa, pero no se trata de eso. Lo que los fotógrafos que practican por años entienden es que no se trata de crear imágenes, sino de capturar algo que siempre ha estado ahí.

Existen instantes en la vida en los que ciertos elementos convergen en un solo momento y se vuelve visible todo

* Egresado de Maestría en Docencia para la Educación Media Superior en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México.

lo que fue necesario para que ocurriera ese segundo. El fin de una foto es lograr tomar ese fragmento de tiempo, que en esa imagen se pueda leer toda la historia que hay detrás. Creo que de eso se trata la vida misma. Uno no puede controlarla por completo, como lo pretenden algunos, no se puede hacer que pasen las cosas exactamente como uno lo desea, puedes esforzarte e intentar que la realidad ocurra según tus caprichos, pero tarde o temprano te darás cuenta de que eso es una ilusión.

Después de un tiempo, entre las doce de la noche y las tres de la mañana, sólo queda unas cuantas sombras que se mueven de manera errática.

Uno de esos trabajadores con su traje maltrecho y sucio camina tambaleándose por la banqueta, se tropieza, cae, luego trata de pararse apoyándose en un poste y antes de reincorporarse vomita dejando en el suelo un charco con todo el contenido de su estómago y su alma. Un grupo de jóvenes de no más de dieciocho años tratan de hablar entre sí pero están tan drogados que no se comunican, hasta mí llega el eco de palabras al azar que dicen más de lo necesario, "es un culero", "odio a esa perra", "me importa un carajo", "hijos de puta", "me duele", "dice que me ama", etcétera. Por otro lado, no muy lejos, la pareja que en la tarde caminaban aferrados de las manos, ahora no dejan de gritarse, esa promesa que llevaban entre los labios se ha endemoniado y no dejan de lanzar insultos, se violentan, tratan de herirse, quieren ver muerto el uno al otro, quieren estar muertos, el anhelo por aquella noche perfecta que no ocurrió se despedaza igual que se rompe la belleza que tocamos en los sueños pero son aniquilados con la luz de cada mañana.

Todos esos momentos, ese proceso que ocurrió desde el crepúsculo hasta que la completa negrura se expandiera sobre la ciudad quedó detenido y conservado en la cámara que tenía entre mis manos.

Cuando dieron las tres de la madrugada, más o menos, entré al edificio, subí los tres pisos hasta mi departamento, rebobiné, saqué el rollo y lo puse en la caja con los demás. Me quité los zapatos, desaté mi pelo, por un lado de la blusa me saqué el sostén y me senté un rato en el sillón buscando algo que ver en la televisión. Después me acosté entre las cobijas que no he tendido desde hace no sé cuánto.

A la mañana siguiente me levanté como a las 10:48, no tenía nada que hacer así que sólo medio me lavé la cara en el baño, desayuné un poco de lo que había en el refri, vi

una película y después me puse a revelar un rollo. Cuando tuve hambre comí más de lo mismo. Por lo demás no hay nada que decir, estuve echada en el sofá, entre que leyendo, entre que viendo alguna película o escuchando música hasta que fue tiempo de regresar a la cama que aún permanecía sin tender. El domingo no fue muy diferente.

Antes solía ser más activa, hacia muchas cosas, incluso entre semana. Iba a cursos, salía con amigos, viajaba a otras partes del país, practicaba deporte, siempre estaba ocupada. Hasta cierto punto me sentía bien, me divertía y mi cansancio no era más del normal pero ya no soporto nada de eso. Apenas salgo de mi casa para ir al trabajo o a comprar despensa. Una vez por mes salgo a tomar fotos y procuro no ir muy lejos. Pocas veces salgo con amigos por un café o al cine. Podría decir que me volví una ermitaña, pero obviamente sería una exageración, simplemente ya casi no tengo la motivación para hacer tantas cosas.

Las personas que están buscando constantemente algo qué hacer, quizás inconscientemente, intentan olvidarse a sí mismas. Se adentran en las actividades para no pensar en algo que no sea eso que están haciendo, o al menos así era para mí. Entre más cosas hacía menos me importaba la irrelevancia de mi propia existencia, estaba más concentrada en las actividades que llevaba a cabo y no me detenía a pensar en el propósito real por el cual estaba actuando. En cierto modo era pura enajenación, claro que entonces no me había dado cuenta de eso.

Poco a poco fui dejando actividades, la universidad consumió mi tiempo y fuerza. Durante los escasos ratos libres que tenía me los pasaba en casa, tratando de descansar y no pensar, pero entre menos me movía más pensaba sobre todo, sobre temas que en realidad no me importan. Casi de manera natural terminé cuestionándome el propósito de lo que hacía. Pocas cosas duelen tanto como dudar de tus propósitos.

Pero volviendo a ese domingo, durante todo el día estuve viendo películas en la televisión, como casi todos los fines de semana. Las películas se han vuelto una especie de obsesión, al grado de que una pila de DVDs crece indefinidamente en mi departamento. Es una de las pocas maneras en las que logro entretenerme y olvidar al resto del mundo.

Independientemente de todo lo artístico y técnico de las películas lo que me resulta fascinante son las historias. No hablo de la manera en la que se van desarrollando las

Casi de manera natural terminé cuestionándome el propósito de lo que hacía. Pocas cosas duelen tanto como dudar de tus propósitos.

tramas, nada de eso, hablo de que hay finales, me fascina que haya un fin. Creo que todo lo que se ve en el inicio, el desarrollo y el punto culmen de las historias es para que luego todo acabe. Es algo similar a lo que pretendo en mis fotos, conservar ese diminuto instante. Obviamente se trata de una ficción porque en la vida diaria eso no pasa, no hay un momento en el que todo acaba, siempre hay algo más que echa a perder todo lo que le precedía. El instante se redefine y hace que nada tenga un propósito. Por eso me encantan las películas, las fotos, los libros, todo lo que cuente una historia, porque después de su final ya no hay otra cosa. En la ficción los personajes viven sólo para esa historia, en cambio nosotros somos personajes a la deriva, no hay una trama para nuestra vida, somos actores sin guion, sin un final real.

Así pasé otro fin de semana sin hacer algo particularmente productivo o bueno. Cerca de media noche me fui a la cama para tratar de dormir temprano y descansar de hacer nada.

Sonó el despertador, mi señal de inicio de la rutina laboral. Me levanté, me bañé, me cambié la ropa, desayuné algo ligero. Antes de salir preparé mi mochila, me puse mi chamarra, mi gorro y me coloqué los audífonos. Después de un rato de incomodidad aplastada en el subterráneo y un viaje en un microbús destartalado llegué a la oficina. Hice lo que se suponía tenía que hacer, trabajé en lo que se suponía que tenía que trabajar y cuando fue hora de la comida fui a almorzar, luego regresé para terminar mis labores y cerca de las seis de la tarde volví a casa, vi tele, cené y me acosté. El resto de la semana no fue muy diferente, salvo por un pequeño detalle.

Hasta este momento de mi vida sólo han habido tres personas de las que no puedo prescindir, una de ellas es mi hermano, también está mi mejor amigo y además: él. En realidad no quiero hablar mucho de él porque es complicado, complicado para mí, no creo que a él le importe tanto.

La noche del jueves, poco tiempo después de que había llegado al departamento, me habló por teléfono, la mayoría de las veces era yo quien lo llamaba, por eso fue raro que en esta ocasión lo hiciera él, pero en fin. Estuvimos hablando un rato, a decir verdad fue una conversación vacía, nada relevante, así ha sido desde hace mucho tiempo. Antes hablábamos diario y por horas, era divertido, nos reíamos, jugábamos, sin embargo es cuestión de que los años hagan

estragos para que todo, incluso lo más perfecto que podamos concebir, termine destruyéndose. Ahora son escasas las ocasiones en las que conversamos y hay una barrera que no puedo cruzar. Nos hemos distanciado. Odio esta situación pero no creo que cambie, al menos no a mejor.

Hubo un tiempo en el que vivimos buenos momentos, excelentes momentos, pero eso ya pasó. Hoy las cosas no están tan mal, pero tampoco están bien. Supongo que a esta altura señalar culpables no tiene caso, sobre todo porque creo que ambos tuvimos la culpa. Parece que él lo ha sobrellevado mejor y ha seguido adelante, pero yo no, ese es mi problema.

Como no hubo mucho para decirnos nos despedimos con un "adiós" y colgamos, nada de contacto personal. Él no le da importancia pero yo no dejo de pensar en oírle decir un "te quiero", aunque sé que es una tontería es algo que me martiriza. Me esfuerzo por no decir en voz alta que lo quiero para no evidenciar mi vacío, no quiero decir que lo amo, lo amaba, tengo que autoengañarme para soportar lo que ya de por sí es insoportable. Lo peor de todo es que ninguno de los dos somos sinceros, yo no le cuento cómo me siento, en parte porque imagino que él lo sabe y en parte porque no quiero discutir una vez más.

Aquella noche no pude dormir, el viernes en la mañana iba tropezándome con mis propios pies. No sé cómo es que siempre hago lo mismo. En realidad no es mi intención caer en el mismo tema, parece que es algo inevitable, aún pienso en él. Está en todo. Si escucho una canción que me gustó lo primero que pienso es en enseñársela, en contarle sobre la última película que vi o saber si ya leyó tal o cual libro.

Hace algunos años atrás vivimos juntos hasta que él se fue. Entonces a cada lugar al que volteaba se hacía evidente su ausencia, así que me mudé y aun hoy, en el sitio donde ahora vivo, hay momentos en los que lo imagino. Lo veo entrando a la cocina o recostado en la cama, aun cuando él jamás haya puesto un pie en este departamento no dejo de verlo caminando entre las paredes. Llevo el peso constante de su recuerdo, es como si viviera con un fantasma, el acoso de algo intangible, el espectro ominoso de un pasado que no deja de restregarme lo asqueroso del presente.

Tengo que dejar de pensar en "nosotros", así que sólo me queda pensar en él o en mí, pero si pienso en él me deprimó y si pienso en mí me aburro.

El resto de los días resultan insípidos, tanto que no difieren mucho al estar en coma, salvo por el inconveniente de no poder permanecer en cama todo el día.

Después de todo llegó un nuevo fin de semana y no tenía nada que hacer, nada más que esperar a que llegará el lunes y volver a la rutina. Hay algunas ocasiones en las que ocurren pequeñas sorpresas que me sacan brevemente de mi cotidianidad. El resto de los días resultan insípidos, tanto que no difieren mucho al estar en coma, salvo por el inconveniente de no poder permanecer en cama todo el día.

Ha habido algunas ocasiones en las que considero que hubiera sido bueno darle un final a mi historia, por ejemplo, después del último beso que me dio. Recuerdo muy bien ese día y hubiera sido bueno que después de ese instante todo terminara, pero no, ese final no llegó. En el segundo preciso en el que todo pudo haber acabado simplemente el tiempo no paró y el siguiente segundo apareció, luego minutos, horas, días, meses, años. Los momentos perfectos para un final quedaron consumidos por el tiempo y su inevitable marcha.